

contra la superior; ni lo irascible ni lo sensual des aparecen mientras estemos atados á este cuerpo pesado y maligno, que quisiera ser superior al espíritu; pero entre tanto, el alma, como centinela vigilante á las puertas de la fortaleza, hará uso de sus armas tan pronto como advierta el menor movimiento del enemigo; reprimirá sus ímpetus, refrenará sus avances, y prevalecerá para que pueda decir siempre con el divino Pablo: «Ora estemos en vela, ora durmamos, somos siempre de Jesus.»

Así es, venerable comunidad, que esta esposa que está siempre en vela, esta alma que tiene fija su atención en las cosas celestiales, no puede dejar pasar ni una sola vez la voz del esposo. Apenas su celestial eco ha herido sus oídos, se conmueve toda, poniéndose en disposición de recibir cuantas órdenes quiera darla el Esposo celestial. ¡Ah! Despreciar una sola inspiración, por mínima que sea, y aunque no llegue á ella sino como el casi imperceptible susurro del céfiro, sería en su parecer la más lamentable desgracia, porque una alma que ama á Jesus va creciendo siempre en el conocimiento del sumo bien, ayudándola á esto las inspiraciones divinas, con que el Esposo llama sin cesar á la puerta; sin ellas, sabe el alma que nada puede; sin su auxilio, está cierta de perecer; de tanta importancia es para ella la primera, como la segunda, como la última inspiración; y ¿por qué? ¡Ah! Porque tras de la apreciación del Sér divino, ha venido la justa apreciación de sí mismo; el que ame á Dios, necesariamente ha de tener de sí propio el más bajo concepto, se ha de creer el más ingrato de los hombres, el más rebelde al amor de Dios; prueba de ello es aquel gran Francisco de Asís, aquella Teresa de Jesus, ambos portentos de santidad, de amor divino y de virtudes las más heroicas. ¡Oh! Cuántas veces con lágrimas en los ojos se les oyó decir que eran los mayores pecadores del mundo, que no merecían vivir, y que era un favor singular el

que no se abriese la tierra para concluir con su vida; prueba de ello es aquel divino Pablo, Apóstol de todas las naciones, vaso de elección, portento de la gracia, hombre elevado hasta el tercer cielo, para oír los secretos de Dios y ser su confidente en la tierra, pues se le oye decir, después de tanta grandeza, que él es indigno de ser llamado Apóstol. Y en estas palabras no hay ficción, ni deseo de vanagloria, ni humildad aparente, ni nada de cuanto enseña la ciencia vana y la política suspicaz y engañadora del mundo; decían de sí los Santos lo que pensaban; y pensaban que no eran lo que debían ser, que no correspondían justamente al amor divino, que no adelantaban en el camino del cielo lo que podían avanzar; no se consideraban con relación á otros hombres, ora fuesen homicidas, ora sacrílegos, sino con relación á Dios; puestos al frente de este Sér, que es todo amor para con el hombre, se reputaban ellos por los más ingratos á tan insigne Bienhechor. Era, por tanto, para estos héroes cada momento de vida una gracia, cada instante un nuevo propósito, cada hora una época que Dios les concedía aún para amarlo en lo sucesivo, ya que hasta entonces no lo habían amado. Así pensaban de sí los Santos.

¿Qué progresos tan grandes no debían hacer los que así conocían su nada? Esta segunda verdad nos insinúa la esposa de los *Cantares*; está durmiendo; pero vela su corazón, y al momento que el Esposo se acerca á su puerta, se apercebe de su llegada, y exclama: «Estoy oyendo ya la voz de mi Esposo, que llama.» *Vox dilecti pulsantis*. El progreso en la virtud es la inmediata consecuencia de esta vigilancia en que se halla siempre el alma; porque, como dice San Leon, «la justicia de los perfectos consiste en que no sepan ni piensen jamás en que son perfectos; porque puede suceder que, deteniéndose en la carrera que no está acabada, encuentren el peligro de

volver atrás, donde creían poder deponer el deseo de ir hácia adelante.» Preciso es buscar á Dios, y buscarlo siempre, como nos aconseja el Profeta Rey. «Este *siempre*, como enseña el sublime Agustín, indica todo el tiempo de la vida presente, en la cual sin cesar debemos buscar á Dios, áun dado caso que lo hayamos hallado. Aunque lo encuentres, no es posible dejarlo de buscar; porque creciendo el amor, crece el deseo de poseerlo; y, en verdad, digno es de ser buscado sin fin el que sin fin ha de ser poseído.» Hasta aquí el sublime Agustín, que comprendió admirablemente lo mucho que importaba el ir siempre adelante en la senda de la virtud. Así es que San Pablo, despues de haber enumerado todas las ventajas que habia tenido su espíritu al despreciar las glorias mundanas, siguiendo la vocacion divina, confiesa que no ha llegado al último grado de santidad, que camina con todo ahinco hácia adelante, no volviendo jamás su vista hácia lo andado, sino fijándola y extendiéndola á lo que está delante, prosiguiendo segun el fin propuesto al premio de la vocacion soberana de Dios en Jesucristo.

Hé aquí, comunidad venerable, las grandes ventajas que reportan las justas por la continúa meditacion de la Bondad divina y de la miseria humana; se levanta el alma hasta Dios con estas dos alas, y, no obstante ser grande su elevacion, se cree siempre ingrata, pecadora, y poco amante del Sér Divino, obligándola esta idea á estar renovando sin cesar sus propósitos de amor hácia su objeto amado. ¡Ah! Comprendian muy bien la importancia de esta doctrina aquellas almas heróicas llamadas por Dios á ser maestras de espíritu, pues quisieron que sus discípulas elevasen cada dia su corazon al cielo, ofreciéndole siempre un sacrificio nuevo, renovando sin cesar los votos con que una vez se consagraron al Señor. Porque, realmente, esta augusta ceremonia que hoy forma una gran so-

lemnidad entre vosotras y otras muchas casas religiosas, ¿qué otra cosa es sino una renovacion pública y solemne de aquel momento soberano en que en presencia de las aras y con juramento solemne prometísteis al Esposo celestial una felicidad eterna? ¿Qué otra cosa es sino la renovacion de aquel segundo bautismo, en que vuestras almas quedaron más blancas que la nieve, consagrándose enteramente al Rey de las vírgenes? ¿Qué otra cosa es sino la reminiscencia y nueva oblacion de aquel sacrificio universal y completo que hicísteis de todo lo que érais y podíais ser, sacrificio en que la víctima dejó los ornatos exteriores y se presentó ella misma á las aras, para sacrificar lo más grande que tenía, su voluntad, á la voluntad humana, su cuerpo á la maceracion, su alma toda al Esposo divino, para que este hiciese de todo, lo que á Él más agradase? Pero esta misma renovacion solemne no es más que la expresion pública hecha en presencia de Dios y de los hombres, la manifestacion de aquella oblacion que cada dia haceis en vuestro espíritu, y que sólo es conocida del Esposo celestial.

¡Ah! El momento es grandioso; nuevos lazos van á uniros con vuestro Dios. ¡Felices vosotras, mil veces felices, si vuestro corazon se abre del todo al espíritu divino para que éntre en él y haga de él su morada y templo! ¡Felices si comprendéis que es preciso que no haya en ese corazon un solo rincon, por mínimo que sea, que esté ocupado por afeccion mundana ó por el amor propio! Sí, cuando el espíritu de amor pretende entrar en alguna alma, se han de ahuyentar ántes todas las afecciones mundanales, porque el Espíritu Santo no puede tomar posesion de una alma si aquélla no ha de ser total y completa. ¡Felices, repito, si comprendéis bien esta verdad! ¡Ah! Veo yo renovarse en este momento, aunque de un modo invisible, el prodigio del Cenáculo; sobre unas almas que viven íntimamente unidas en los lazos

de la caridad y de la paz; sobre unas almas que perseveran unánimes en la oracion; sobre unas almas que unen la humilde confianza á la oracion continua, no puede ménos de bajar aquel espíritu que es todo amor, fuego vivo, caridad ardiente y consuelo de los humildes.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

Quomodo sedet sola civitas plena populo?

¿Cómo se halla solitaria la ciudad populosa?

(JEREMÍE: *Lamentation*, cap. I, vers. 1.)

Quando un pueblo, en cuyo recinto no se oía más que el dulce acento de la cítara y el arpa, se ve condenado por un inesperado revés á vestirse de luto y suspender sus laudes; quando una ciudad populosa, compuesta de palacios de alabastro, en vez de magníficas torres y de preciosos obeliscos, no presenta más que un monton de ruinas, donde confusamente yacen mezclados los monumentos del arte con los cadáveres humanos; quando una juventud hermosa y lozana, que era la esperanza de la pátria, ha sido envuelta en un momento entre las furias de los elementos, que á fuerza de embates ha destruido las habitaciones construidas por la necesidad y el lujo; quando, al movimiento continuo y al ruido de una ciudad animada y feliz, ha sucedido el terror pánico, el silencio del sepulcro; quando todo esto acontece, el espectador de tanta calamidad, que fuera testigo de la antigua grandeza y de la actual depresion, de la pasada alegría y de la actual tristeza, de las galas del día de gozo y del saco del aid de llanto, por más que haya visto con sus propios ojos